

El cautivo peregrino: Juan Bautista Túpac Amaru, de Cuzco a Buenos Aires, pasando por Ceuta

Juan Bautista Túpac Amaru. *El dilatado cautiverio*. Edición y estudio de Juan Manuel Chávez. Lima, Editorial Arcángel San Miguel, ([1823?/1825?] 2021), 218 pp



Pablo Martínez Gramuglia

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Literatura Hispanoamericana. Buenos Aires. Argentina.
Universidad de Navarra. Pamplona. España.

El dilatado cautiverio, bajo del gobierno español, de Juan Bautista Tupamaru, 5º nieto del último emperador del Perú es el título de un folleto publicado en Buenos Aires entre 1823 y 1825. Su autor era un indígena peruano bautizado Juan Condorcanqui Monjarrás, nacido en Tungasuca, cerca de Cuzco, que moriría en Buenos Aires en 1827. Si bien ha tenido varias reediciones, tanto en Perú como en la Argentina, esta nueva versión preparada por Juan Manuel Chávez renueva las lecturas de un texto generalmente considerado solo en carácter de fuente historiográfica, recuperando su densidad cultural y literaria, a partir de una investigación llevada a cabo en archivos argentinos, peruanos y españoles.

El autor, que solo al final de su vida mudaría de nombre, fue condenado a una larga prisión luego de la revuelta indígena de 1780-1781 en el Perú liderada por su medio hermano José Gabriel Condorcanqui, quien asumió el nombre de Túpac Amaru II; de Juan Bautista no se sabe con certeza siquiera si efectivamente participó en ella, pero fue el único miembro de la familia que sobrevivió ajusticiamientos, torturas y prisiones luego de la rebelión. Sí sabemos que tuvo que encarar un largo suplicio consistente en traslados, cadenas y malos tratos (fallecimiento de familiares, golpes, burlas, negación de alimentos). Prófugo primero y preso después en Perú casi únicamente por portar un apellido ilustre entre los indígenas de este país, trasladado a Cádiz durante el reinado de Carlos III y, luego de más de dos años en la península, finalmente prisionero en la ciudad de Ceuta, Juan Bautista redondea en 40 años su largo padecer cuando escribe en Buenos Aires, a la que arribó en 1822.

Esta versión de la editorial Arcángel San Miguel recupera el texto que el ministro Bernardino Rivadavia le pidió como pago, simbólico pero muy real, de la pensión concedida por el gobierno de Buenos Aires a su llegada. El libro se divide en tres partes principales, o

tal vez cuatro, porque cuenta con un valioso apéndice de documentos que no solo incluye algunas curiosidades atractivas, como la reproducción de la tapa del folleto original, sino también documentos que se publican por primera vez y que se deben a la constante tarea investigadora de Chávez, que con generosidad pone en circulación el contenido de esas fuentes de difícil acceso.

De las tres partes principales, la primera es un estudio preliminar que sigue las normas de la investigación académica, que recoge las experiencias trashumantes de Chávez, quien recorrió bibliotecas, archivos y otras instituciones en busca de los datos que todavía desconocemos de la vida de este autor. En un singular despliegue narrativo, el crítico plantea dudas a lo largo de su relato y luego va resolviendo cada una de ellas: ¿quién fue Juan Bautista? ¿qué relación tuvo con José Gabriel y con la rebelión por él encabezada?, ¿cuál era su conciencia política, si a diferencia del letrado que fue José Gabriel él no sabía leer y desconocía casi todo de la lengua castellana? Una búsqueda detectivesca trata de resolver sobre todo el sentido exacto de los discretos silencios de Juan Bautista en relación con su participación efectiva en la rebelión. En ese sentido, Chávez, fascinado sin dudas con el personaje novelesco de Juan Bautista, no cae en la tentación de hacer de él un héroe cuando los datos parecen indicar lo contrario. La ecuanimidad en la lectura de todas las fuentes disponibles, tanto el propio relato y las declaraciones oficiales de Juan Bautista como las acusaciones del poder español y los testigos por él aportados, guía las hipótesis. Quedan, sin embargo, algunos huecos; sobre todo, la gran pregunta: ¿fue, ya no digamos decisiva, sino más bien activa su participación en la rebelión de 1780?

En la segunda parte del libro accedemos a la prolija edición del texto de Juan Bautista Túpac Amaru, íntegro y corregido para facilitar su comprensión. En este

breve relato, el único sobreviviente de los procesados por la rebelión nos informa más bien poco de ella: lejos de construir una figura épica de grandes gestas, apenas sí puede ofrecernos una lista de quejas por los reiterados sufrimientos padecidos. Juan Bautista presume que la independencia de América, en la década de 1820, no solo necesita héroes enormes como Túpac Amaru II, San Martín, Güemes o Bolívar, sino también los callados y abundantes mártires que pusieron su anónimo esfuerzo para lograrla. Por eso, el fin principal del relato es mostrarse como víctima:

A los 80 años de edad, y después de 40 de prisión por la causa de la independencia, me hallo trasportado de los abismos de la servidumbre a la atmósfera de la libertad, y por un nuevo aliento que me inspira, animado a mostrarme a esta generación, como una víctima del despotismo que ha sobrevivido a sus golpes, para asombro de la humanidad, y para poderle revelar el secreto de mi existencia como un exquisito y feroz artificio que se trasmitían los tiranos para tener el placer de amargarla. (2021: 107)

Mostrarse como víctima, sí, pero también señalar su gran deseo: la libertad. *El dilatado cautiverio...* es también la historia de una amistad, la de Juan Bautista con el sacerdote Marcos Durán Martel, su compañero de presidio y de un anhelo de libertad. Todo el texto está marcado, como dice su editor, por una dosificación de la esperanza. No nos engaña Juan Bautista, no falsea los datos, no exagera su heroísmo: su única virtud es haber sabido aguantar. Sin embargo, sí nos recuerda todo el tiempo el linaje que valora: en todo el relato, una sola vez aparece el nombre de José Gabriel, y casi al final; todas las otras menciones hablan de “mi hermano”, una figura paternal para este huérfano nueve años menor, a quien lo liga no solo un apellido sino el afecto y la admiración.

En Ceuta, luego de padecimientos cercanos a la tortura, Juan Bautista entra en un régimen de semilibertad (¿a dónde escapar, después de todo, entre el Sahara y el Mediterráneo?): cultiva un huerto, aprende a leer y escribir y, sobre todo, crea una pequeña comunidad de desterrados (de prisioneros) americanos y peninsulares liberales. Dos de ellos serán clave: Durán Martel cuidará de él cuando la edad y las enfermedades ya le impidan cuidarse a sí mismo; y Agustín Argüelles, el político español que, libre ya y funcionario durante el trienio liberal, le conseguirá un pasaje a la libertad en América. En Buenos Aires lo espera otro ex compañero de presidio, Bautista Azopardo, bravo marino maltés al servicio de la causa americana.

El relato de penurias de Juan Bautista es conciso, seco, escueto. No describe a sus compañeros, los nombres son pocos, no habla mucho de cómo era Ceuta, no ve el paisaje terrestre, ni las costas del Mediterráneo ni, lugar común de los viajeros americanos, el Atlántico majestuoso en el sufrido viaje de ida ni en la igual de sufrida vuelta. En lo que sí acumula adjetivos es en la descripción de esos padecimientos y sus autores, los feroces españoles, animalizados una y otra vez: perros, fieras, monstruos, tigres hacen de los indígenas americanos las eternas víctimas de la conquista, incluso (y el subrayado es fugaz pero claro en la década de 1820) los que “actualmente están reducidos a una esclavitud semejante y aun peor que la de los ilotas y de los mismos africanos”. Junto con el elogio de la libertad y la independencia corre el señalamiento de las deudas que las jóvenes y algo chapuceras repúblicas americanas tenían con la mayoría de sus habitantes.

Ahí encontramos, como encuentra Chávez, un hilo con nuestro presente. En la tercera parte del libro, titulada “Ceuta, 200 años después”, el crítico renuncia a la enunciación académica sin dejar de lado el rigor intelectual. En primera persona, entre la crónica y el ensayo, relata ahora su propia experiencia de viaje a Ceuta, tras las huellas de Juan Bautista. Aquí, el cronista recorre las calles de uno de los últimos bastiones coloniales de España en el siglo XXI, justo frente a otro enclave colonial de otra potencia, el Gibraltar inglés. Y a medida que nos cuenta su ardua búsqueda de los efímeros rastros de un preso olvidado de hace dos siglos, junto con los datos precisos de la Ceuta actual y de aquella que caminó el autor de *El dilatado cautiverio...*, recorre el espacio de la conjetura, en un despliegue de una caudalosa imaginación crítica que, sin embargo, mantiene una referencia histórica: “Luego de entrever las condiciones en Ceuta, corresponde imaginar a Juan Bautista aquí. En oposición a todas las representaciones de su hermano José Gabriel, el líder rebelde Túpac Amaru II, Juan Bautista tendría la cabeza rapada como era la usanza para los reos...” (169); “Tal como lo habrá hecho Juan Bautista doscientos años atrás, yo recorría Ceuta; puesto en sus zapatos, en sus yanques, entreveía el exilio como la cruenta herida de su soledad” (171); “...la Iglesia de Nuestra Señora de los Remedios pudo representar lo conocido en medio de todo lo ignorado por un hecho avasalladoramente simple: le brindaba similitudes arquitectónicas y simbólicas que Juan Bautista conocía desde niño” (181); “Aquella escena en Ceuta pone en perspectiva lo que pudo significar para Juan Bautista el encargo de escribir *El dilatado cautiverio...* en 1822, gozando de su libertad en Buenos Aires: pasar del castigo por ser un Túpac Amaru a ser valorado por ello” (183).

Repetir una experiencia, cualquier experiencia, aun la de uno mismo, es imposible; más incluso la de un indígena prisionero durante casi cuarenta años hace más de dos siglos. Pero en el dibujo de su recorrido por Ceuta, Juan Manuel Chávez nos deja asomarnos detrás del escenario de la investigación, una especie de lado B del estudio preliminar y nos recuerda la importancia de una comunidad, no solo para sobrevivir en la vida en el presidio, sino también para cualquier empresa de conocimiento: sus pasos por Ceuta están marcados

por encuentros: con un libro del historiador Jorge Myers, con el investigador Luis Mauricio Ortiz, con el “oceánico cronista” José Luis Gómez Barceló, con el director de la biblioteca José Antonio Alarcón, con el poeta Antonio Cilloniz. De esa comunidad también está hecho este libro y su autor ha sido amable al reconocerlo y al sembrar el germen de una nueva, que de seguro surgirá a medida que se multipliquen los lectores de esta obra dejada de lado hasta ahora.

